



“En pocos partidos falta un hombre aprovechable. Lo que no tiene cura es el sistema de los partidos. Lo hemos visto reiteradamente en la sucesión de ensayos que nos ha tocado soportar, y vamos a verlo de nuevo con ocasión de las próximas elecciones. La experiencia –que, por otra parte, no ha hecho más que confirmar lo que ya promulgaba la razón– pudiera formularse con la exactitud de una ley matemática: No hay política posible, ni historia posible, ni Patria posible, si cada dos años se pone todo en revisión con motivo de unas elecciones.

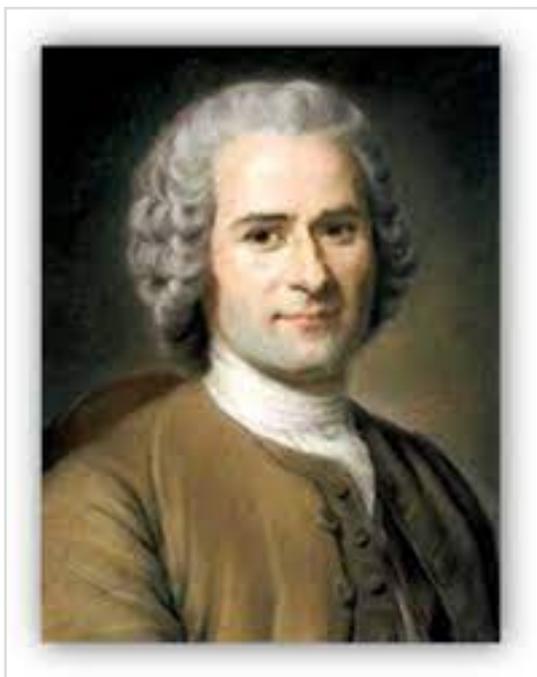
Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 343 (2ª Época). Abril 2021

EN ESTE NÚMERO:

1. **José Antonio y Rousseau.** José M^a García de Tuñón Aza
2. **En torno a la ignorancia y la cultura.** Manuel Parra Celaya
3. **Una heroína de 1939.** Carlos León Roch
4. **El dandy imperfecto.** José María Ramírez Asencio
5. **Un horizonte apasionante: investigar sobre José Antonio.** David Guillem-Tatay
6. **Tres libros.** Rafael Sánchez Saus
7. **El abrazo.** Enrique de Aguinaga
8. **Mujer y División Azul.** Jesús Guzmán Mora
9. **Antonio Ponte Anido, otro héroe proscrito.** Lorenzo Fernández Navarro de los Paños

Uno de los libros menos conocido y escasamente citado por los biógrafo y estudiosos e José Antonio Primo de Rivera, sin embargo más interesante para conocer al fundador de Falange Española, es el escrito por el filósofo Adolfo Muñoz Alonso, titulado *Un pensador para un pueblo*. El autor nos muestra a José Antonio, como un pensador que fue capaz de cifrar en un adjetivo, en una frase, en una definición, todo un sistema de ideas y valores, con vigencia en la actualidad.

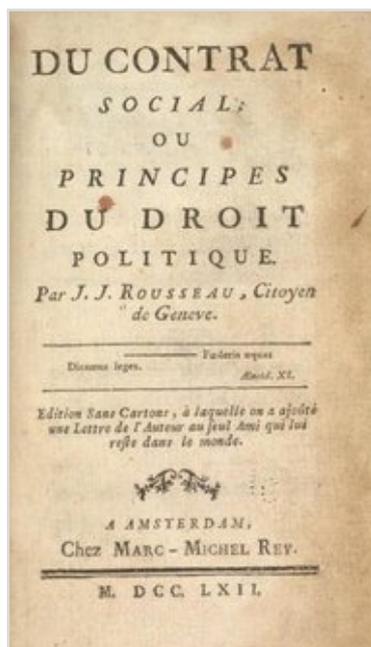


Dedica un capítulo a Juan Jacobo Rousseau, el pensador a quien se enfrenta José Antonio sin paliativos y descarga sobre él toda la enorme responsabilidad intelectual, social, religiosa y política de la revolución subversiva que opera en las décadas postrimeras del siglo XVIII.

La mayoría de los que han leído los discursos y escritos de Primo de Rivera piensan que la primera vez que el fundador de Falange llama nefasto a quien fue definido como escritor, pedagogo, filósofo, es decir, como un hombre ilustrado, pero de profundas contracciones, el suizo francófono Rousseau, fue en el discurso celebrado en Madrid, Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933: «Cuando en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó el Contrato social dejó de ser la verdad política una entidad permanente...».

Sin embargo, el epíteto de nefasto que José Antonio descarga sobre Rousseau, no es un hallazgo literario que le pertenezca por derecho de intervención, ni tampoco la primera vez que se refiere al Contrato social de Rousseau. Lo primero pudo haberlo leído y escuchado a León Durgit, jurista francés especializado en Derecho público, que había estado en España en noviembre de 1923, a los dos meses del golpe de Estado del General Primo de Rivera, como profesor invitado por la Universidad en la que pronunció varias conferencias a las que José Antonio asistió, alguna con toda seguridad, cuando ya era licenciado en Derecho y había terminado con matrículas de honor las cuatro asignaturas del Doctorado.

El 16 de marzo de 1933, en un artículo publicado en El Fascio, cita a León Duguit cuando éste había tachado de error nefasto la creencia de que un pueblo ha conquistado su libertad el día mismo en que proclama el dogma de la soberanía nacional y acepta la universalidad del sufragio. No era, sin embargo, la primera vez que cita al jurista francés. Ya lo había hecho en un escrito que el 29 de julio de 1930 publica en el periódico La Nación y dice que siendo estudiante de Derecho descubrió



al desenfadado profesor de Burdeos. En ese artículo lo vuelve a citar tres veces más. Posteriormente, la misma publicación recoge la conferencia que José Antonio pronunció el 16 de enero de 1931 en el local de la Unión Patriótica donde, vuelve a citar a León Duguit, y dice que igualmente dogmática es la soberanía popular, cuya expresión más acabada, resumen en parte de otras ideas corrientes en su época, se halla en el Contrato social, de Rousseau. Y añade: “Para Rousseau la sociedad no puede tener más origen que el contrato en el que cada uno renuncia a su independencia, a cambio de la libertad civil que adquiere. El conjunto de las voluntades engendra un «yo común» diferente de los agrupados, una «voluntad general» distinta de la suma de voluntades particulares. Este «yo común» es el Soberano, y su soberanía, inalienable e indivisible. Solo el Soberano puede legislar sin conferir su

representación a nadie. El Gobierno (cuya forma puede variar según los países) es simplemente comisario del Soberano. Lo más importante para nuestro tema de las ideas de Rousseau es la afirmación de que el Soberano no puede querer nada contrario al interés del conjunto de los asociados, ni de ninguno de ellos, por lo cual el particular, al ingresar en la asociación, no se reserva derecho alguno. Esto quiere decir que toda resolución de la voluntad general soberana es legítima por ser suya. En tal principio se inspiran las declaraciones y constituciones revolucionarias (1789, 1791, 1793) y cuantas han seguido sus tendencias fundamentales. Del mismo principio se deduce la implantación del sufragio universal, que no es, para Rousseau, una decisión de la mayoría sobre la minoría, sino un cómputo de conjeturas formuladas por los electores acerca de cuál será la voluntad general: los electores de la minoría, para Rousseau (con sofisma que indigna a Duguit) son, en realidad, personas que «se han equivocado» al suponer cuál era la voluntad general.”

Pero para Muñoz Alonso, aparece claro que no es José Antonio el que más se ensaña con Rousseau, sino Ortega cuando dice que el suizo francófono odia la cultura y la civilización a las que califica de desvarío y enfermedad. «A mí esto me parece una salvajada», sentencia Ortega.

Parece que el resbalón de D. José Hila, alcalde Palma de Mallorca, al suprimir los nombres de las calles Churruca, Gravina y Cervera por ser franquistas los personajes a las que se dedicaron, ha quedado suficientemente aclarado por confesión del protagonista al dar marcha atrás en el disparate; según sus propias palabras, No he profundizado en esa parte de la historia. No tengo por qué saber de todo. Apresurémonos, pues, a apear el calificativo de idiota que le brindó Arturo Pérez-Reverte y dejémoslo en ignorante.

Tener un conocimiento elemental de qué fue y representó la batalla de Trafalgar y quiénes fueron sus protagonistas a principios del siglo XIX, y otro tanto sobre la figura de D. Pascual Cervera y Topete, a finales de la misma centuria, no exige una especial profundización sobre la historia, sino que forma parte de algo que se llamaba -no sé si todavía se llama- cultura general; mi generación la solía aprender básicamente en aquellas enciclopedias de graduación creciente, según la edad y los progresos del alumno.

Lo que ocurre es que, para la progresía imperante, la historia de España, así como la literatura, la filosofía, el latín y un largo etcétera, forman parte de lo que suelen llamar contenidos culturales poco relevantes, y van siendo arrumbados de un sistema educativo cuyas prioridades siguen siendo, entre otras más peregrinas e intencionadas, la creatividad del escolar, el dichoso aprender a aprender, repetido como mantra, y cualquier novedad gratificante que exima del esfuerzo; todo ello respaldado aún por las teorías constructivistas, que se aplicaron como una panacea en la ESO que debió de estudiar el regidor de Palma.

En mi vida profesional como profesor tuve que bregar contra la imposición de ese constructivismo entendido como dogma, y que califica Ricardo Moreno Castillo, sin paliativos, como despropósito (véase el interesante libro *La conjura de los ignorantes*); dice este autor con toda razón que, por el contrario a las tesis aplicadas en las aulas sin ton ni son, cuanto más erudito, culto y leído sea un estudiante al acabar su etapa escolar, más capacidad tendrá de seguir aprendiendo; evidentemente, el Sr. Hila se quedó, como mucho, a mitad de camino, y eso siendo generosos...

Junto a la noticia de la confesión de ignorancia y retractación de las medias sobre el callejero del alcalde mallorquín, resalto otra información periodística reciente que se refiere a unos alumnos, también de la ESO, en su último año, de un instituto

madrileño que están aprendiendo tecnología espacial de la mano de un ingeniero astrofísica israelí y trabajan en la construcción de un nanosatélite; el jefe de estudios de ese instituto justifica el proyecto, ya que despierta vocaciones.

¿Sabrán esos alumnos de 4º de la ESO quiénes fueron Churruga, Gravina y Cervera, y en qué momento de la historia y en qué hechos adquirieron protagonismo? Me gustaría suponer que es así, y que, junto a sus estudios y trabajos de ingeniería espacial, escriben correctamente, dominan otros idiomas, leen de forma comprensiva tanto textos técnicos como literarios, tienen nociones básicas de la historia de España



y Universal y conocen las bases de la cultura clásica, instalando de esta forma las bases para continuar aprendiendo y, sobre todo, para ser seres humanos completos. Como gustaba de repetir mi profesor D. Guillermo Díaz-Plaja, ¡ay del profesional que carece de información, pero ay del ser humano que carece de formación!

Porque lo cierto y verdadero es que no son en absoluto incompatibles o divergentes ser una persona medianamente culta a los 16 años y hacer sus pinitos en el campo científico e innovador de la robótica, de la informática o de la astrofísica; no solo las letras y las ciencias son complementarias e interrelacionadas, sino que, tirando por elevación, son necesarias en la enseñanza la transmisión de conocimientos heredados a lo largo de muchas generaciones y la creatividad investigadora; humanidades, ciencia y tecnología deben estar inmersas en los currículos educativos, sin exclusiones mutuas.

El mencionado Ricardo Moreno Castillo recoge una cita de André Comte-Sponville que viene como anillo al dedo: Solo mediante la transmisión del pasado a los hijos les permitimos inventar su futuro. Solo si somos culturalmente conservadores podemos ser políticamente progresistas (me imagino que este último término usado en su sentido cabal y no demagógico).

Francamente, no veo al regidor de Palma de Mallorca participando tampoco en un proyecto astrofísico, como tampoco interesado en las páginas de un libro elemental de historia de España, ni siquiera de aquellas enciclopedias graduadas de mi infancia; debe de tener, eso sí, otras cualidades, que son las que llevaron a sus conciudadanos a otorgarle la vara de mando municipal. Más o menos, como otros políticos del momento -con o sin titulaciones académicas-, que no se caracterizan precisamente por su cultura, por su conocimiento de la historia ni, incluso, por su creatividad.

Aquella mañana del 7 de marzo de 1939, M^a Carmen Hevia, esposa del farero, estaría en su casa-faro de Escombreras, faro que señalaba y protegía la entrada a la dársena de Cartagena. Ya sabía que la guerra, ¡tan larga! estaba a punto de terminar, y esa misma mañana había visto arrumbar (estaba acostumbrada al lenguaje marinero) a Cartagena varios barcos, unos de guerra y otros mercantes; y todos con la bandera rojo y gualda. También había visto salir del puerto a grandes buques de guerra, la flota republicana, con la bandera tricolor (más tarde se enteraría que iban a refugiarse en el África francesa.

Mari Carmen se fijó en el último barco que llegaba a Cartagena; iba lento, retrasado de los primeros. También vio que esos primeros, antes de entrar en la dársena, viraron en redondo y volvieron de “vuelta encontrada”. El último no viró, estaba a unos pocos metros del faro y de repente, tras dos cañonazos de la potente batería de la Parajola una de las muchas fortificaciones que protegen la Base Naval, que picaron en la mar, cerca de la banda de babor, hubo otras dos explosiones dentro del barco. Una imagen dantesca, que nunca olvidaría.

El barco, el “Castillo de Olite”, se hundió en pocos minutos. Solo sobresalía el palo y cientos de cuerpos flotando alrededor, unos inermes, otros braceando desesperadamente, agobiados e impedidos por su petate militar. Mari Carmen no lo dudó. Se remangó la falda y, con el agua al cuello, se dedicó a recoger a a supervivientes y a cadáveres. Después vinieron otros que completaron la hazaña de recuperar más de cien supervivientes.

Ya en tierra, los soldados republicanos llevaron prisioneros a los 265 supervivientes al pueblo de Fuente Álamo, donde pasaron los escasos días previos al 1º de Abril y fueron los primeros en pisar Cartagena, portando la bandera “Rojo y gualda”. Ese día, 7 de marzo, murieron casi 1500 soldados en el "Castillo de Olite". Fue el día con más muertos de toda la guerra, en tierra, mar y aire. Por tanto, la mayor victoria -postrera- del ejército republicano. Se erigieron dos cruces conmemorativas sucesivas, las cuales, pese a representar una cruel derrota “franquista”, fueron desguazadas, también sucesiva e inexplicablemente.

En ese terrible-y simultáneamente heroico-episodio hay otros datos, algunos vividos en mi familia. A mi padre, entonces oficial de baja graduación le había

"tocado" la guerra en Cartagena (zona"roja"); y, que yo sepa, no tenía adscripción política, solo profesional, un buen marino, vocacional.

El 5 de marzo, hubo una revuelta en Madrid, encabezada por el Coronel Casado, que quería terminar la guerra. Frente a él, los comunistas, empeñados en continuarla, con la esperanza de conectar con la próxima europea... Combates en las



calles. En Cartagena enorme confusión entre casadistas, comunistas... Mi madre me contaba que al salir de casa para su destino, estuvo dudando si ponerse la gorra de la Marina Republicana , o la Nacional(entonces monárquica) porque de ello dependía su vida, según a quien se encontraba por la calle. Al día siguiente, para restablecer el orden republicano vino, a marchas forzadas, la Brigada 265, comunista. Y lo hizo.

Pero de las grandes baterías de costa, con enormes cañones de 138, habían unas leales (republicanas) y otras nacionales. Se bombardeaban mutuamente.

Pensando- erróneamente- que Cartagena (último bastión de la República) estaba en manos "casadistas", vienen los barcos nacionales, (el Castillo de Olite, con la Radio estropeada). Los otros barcos se enteran (por radio) que la Base Naval estaba aún en manos "rojas" y que no podían desembarcar y viran en redondo. Y el desgraciado barco y despistado se pone a fácil tiro de la batería "leal", la Parajola, que lo hunde. Como ya se ha mencionado La Parajola la mandaba un capitán de Artillería. Otro escueto profesional, que sabía que la guerra terminaba y no quería más sangre.

Mandó hacer dos disparos intencionadamente erróneos (esto me lo contó un viejo servidor de la pieza), pero a la batería se había incorporado un Comisario Político, miembro de la famosa Brigada 256 comunista, que le amenazó y le obligó a acertar como así, desgraciadamente, ocurrió con los 1500 muertos.

El tristísimo, injusto y lamentable colofón es que, terminada la guerra unos pocos días después, el capitán de Artillería que juzgado y fusilado por su actuación en una acción de -aún- guerra.

¡Cuanta tristeza! Dios nos libre.

Cuando nuestro hombre entrevistó al gran escritor inglés (aunque nació accidentalmente en la embajada británica en París y murió en Niza) William Somerset Maugham, discurría el año 1954, y fue la última de las visitas que Maugham realizó a España. Contaba ya con ochenta años y entre otras muchas cosas sabrosas que se encontraban en esa charla, dijo que había no menos de veinte personas esperando a que muriera para escribir su vida. No les complació hasta once años después de esa frase y el entrevistador, del que voy a hablarles hoy, casualidades de la vida, falleció tan solo un día antes que el entrevistado, aunque mucho más joven. Cesar González Ruano solo contaba sesenta y dos años, pero quizá, si le hubieran preguntado antes de fallecer también habría podido contestar algo parecido. No son pocos los buitres que se arrojaron a los despojos de su cadáver para verter miseria en ellos.



En otra entrevista celebre, por otros motivos que la de Maugham, de las muchísimas y magníficas que realizó (ochenta de ellas recogidas en “Las palabras quedan”, varias veces reeditado), José Antonio Primo de Rivera, en marzo de 1930, antes de la muerte de su padre, preguntado por Ruano sobre si tenía aspiraciones políticas, contestó: "De política ya hablaremos cuando pasen unos años. Esas cosas son como las bofetadas: no se anuncian, se dan. Ya tendremos ocasión -dice bromeando- cuando yo sea dictador de España". Como se puede apreciar por el texto literal de la entrevista, el mismo autor aclara rápidamente el tono de broma de la respuesta de José Antonio, lo cual no ha impedido que muchos, como el historiador Joan María Thomas, autor de “José Antonio. Realidad y mito”, hayan tergiversado la misma, hallando en ella una “declaración de intenciones” futuras.

Aunque parece que, en su juventud, cuando comenzaba a intentar labrarse un futuro en la profesión periodística, tuvo algunas veleidades izquierdistas, quizá más debidas a la conveniencia del momento, tanto por esa entrevista con José Antonio, al que más tarde entrevistó una segunda vez, como por su filiación falangista, su apoyo al bando nacional en la guerra civil y adhesión posterior al régimen instaurado por

Franco, ha habido muchos que, a su muerte y cuando ya no puede defenderse, lo han demonizado e intentado oscurecer su figura.

No deja de ser curiosa la doble vara de medir de la izquierda patria: En el Instituto Cervantes dirigido por el comunista Luis García Montero al poeta Gil de Biedma en el treinta aniversario de su fallecimiento, alabando, no solo su calidad literaria, esta si indudable, sino también su superioridad moral, poniendo casi como un ejemplo de integridad y decencia a un hombre que presumió en sus memorias de haber prostituido a niños de las zonas más pobres de la ciudad de Manila en la época de su estancia allí como director general de la Compañía de Tabacos de Filipinas.

En concreto, el comunista Montero, decía, con motivo de ese homenaje, en el colmo de la hipocresía, o lo que es peor, de la inmoralidad: “Jaime fue una persona decente, que no conviene nunca confundirlo con un puritano. Es normal que los numerosos filólogos que han estudiado su poesía destaquen la capacidad que tuvo para empatizar y conmoverse con los más débiles, las víctimas de la sociedad, los pobres y las personas más necesitadas o las mujeres explotadas por el machismo imperante en la España que le tocó vivir”. Sobran los comentarios.

Por el contrario, la progresía y el rojerío hispano, siempre prestos a emponzoñar y envenenar la memoria de todo aquel que perteneciera al bando que gana la guerra, en un esfuerzo ímprobo (y muy bien publicitado y vendido a las masas aborregadas, no lo podemos negar), no cesa en su empeño y cuando la emprende con un novelista,



poeta, pintor, periodista, director de cine...., en fin, con cualquiera con valía y magisterio en lo suyo pero sobre el que pesa el supremo baldón, a saber: no pertenecer al bando que presume sin motivo alguno de superioridad moral, no para hasta machacar y destruir el recuerdo de su víctima.

Es también el caso de González Ruano, del que no solo se escribió todo un volumen (a cuatro manos, pareciera que dos no bastaran para destruir a una persona), explícitamente titulado “El marqués y la esvástica”, donde los tendenciosos autores especulaban, sin una sola prueba concluyente, sobre una supuesta y rocambolesca trama en la que este se habría lucrado engañando y robando a judíos desesperados vendiéndoles visados falsos en el París ocupado. Nuestras grandes empresas, siempre cobardes y prestas a acudir en socorro del ganador, reaccionaron como suelen a la mera aparición de este libelo: la Fundación

Mapfre retiró de inmediato el nombre de González Ruano a uno de los premios más prestigiosos del articulismo en España, el que dicha Fundación otorga.

También articulistas y escritores de lo políticamente correcto, que suele ir emparejado a la mentira más sectaria, se han esforzado en socavar, no solo su moralidad, sino algo indiscutible como es su maestría periodística y poética. Es el caso del ubetense Antonio Muñoz Molina (por otra parte escritor apreciable, si no fuera por ese tufillo buenista y progre que desprenden todos o casi todos sus escritos), que, en un artículo que llevaba por título “Un maestro dudoso”, se empleaba a fondo:

“Leyendo los artículos de Ruano en los años treinta se comprueba que el fascismo, entre otras cosas, era una intoxicación de mala literatura, un desbordamiento de palabrería pseudosublime y pseudopoética que entre nosotros tuvo como máximo fruto el misticismo falangista, las vaciedades floridas de aquellos himnos que algunos de nosotros llegamos a cantar en la escuela sin entender de ellos ni una sola palabra: los luceros, las montañas nevadas, las rutas imperiales, etcétera...”

Curiosa la distinta perspectiva desde la que el pensamiento único imperante mira los comportamientos humanos dependiendo de la ideología política. Lo que, si se trata de un poeta de izquierdas (aunque lo que era es un señorito barcelonés de toda la vida al que le gustaba, digamos, la vida “licenciosa”) es, aparte de categoría poética y distinción, moralidad sin tacha y ejemplo a seguir que merece homenaje, para un escritor falangista, en cambio, es, sin pruebas ni confesión alguna de parte, cosa que si ocurre en el caso de Biedma, tachadura moral que, además, invalida su calidad artística.

Mas la realidad es tozuda. Y esta es que González Ruano, un dandy impenitente, sí, un derrochador sin freno, también, al que le gustaba la vida cara, los muebles caros, la ropa cara, viajar...un ardiente defensor de la famosa sentencia “la buena vida es cara , hay otra más barata, pero eso no es vida”..., un vividor en fin que para mantener ese tren de vida se vio obligado a ser un estajanovista de la escritura, que colaboró durante años en La Vanguardia, ABC, El Heraldo de Madrid..., que fue arrestado por la Gestapo en Paris y encarcelado durante 78 días en la cárcel militar de Cherché-Midi, que viajó como enviado especial al Magreb cuando trabajaba en ABC tras las huellas de los prisioneros de Abdelkrim, y tantas y tantas cosas más, buenas y no tan buenas, es, sin duda, un maestro de maestros del articulismo, la prosa y la poesía, como reconocía el mismísimo Francisco Umbral.

Umbral, discípulo confeso, que lo llamaba confianzudo “Cesar”, lo citaba sin remilgos continuamente e incluso prologó su magistral “Diario íntimo”, obra maestra de ese género donde el escritor, poeta y periodista narraba su día a día hasta el

momento mismo de su muerte. Es ahí donde dice Ruano: “No creo haber hecho mal grave a nadie”.

Un trabajador incansable que supo aunar cantidad (el también genial Manuel Alcántara dijo que había llegado a escribir más de treinta mil artículos de prensa) y calidad literaria desde que, en 1936, viajó por Europa como corresponsal de ABC, primero en Roma y luego en Berlín (capital que ya había visitado en 1933) y allí coincidió con otros falangistas como Rafael Sánchez Mazas y Eugenio Montes.

Un narrador maestro en lo que podríamos llamar una “prosa poética” de la que se podrían desgranar frases y frases ejemplares: “las calles se apretaban unas contra otras y las sortijas de las plazas estaban oxidadas de silencio.” ...



A Ruano y a su tertulia del Café Gijón, acudieron, en busca de su magisterio, principiantes como José Luis Coll, Miguel Delibes (que le enviaba sus libros) o Antonio Mingote, al que aconsejó “escriba en serio y nada de humor”. También Rafael Sánchez Ferlosio (el hijo de Rafael Sánchez Mazas al que calificó como “joven barbudo”), Ana María Matute, Camilo José Cela...

No hay más que leer sus memorias “Mi medio siglo se confiesa a medias”, sus entrevistas recogidas en “Las palabras quedan”, su “Diario íntimo” o sus cuentos y narraciones breves recopiladas en “La vida de prisa” para darse cuenta que los que no reconocen la altura literaria de Ruano, o no lo han leído, o son presa del sectarismo más ciego.

Aquel que solía decir “¡Qué difícil es desprestigiarse en este país!”, no llegó a conocer los niveles de ruin mezquindad a que llegarían tantos resentidos en esta época que nos ha tocado sufrir y fue “perdiendo la costumbre de vivir”, como describió la muerte en su Diario. Se fue con tan solo sesenta y dos años, víctima de una pertinaz mala salud que le propiciaron sus excesos.

Dejó atrás una gran obra que los que leen sin prejuicios han sabido y saben apreciar y de la que Miguel Pardeza, futbolista destacado de la Quinta del Buitre del Real Madrid y filólogo, realizó un riguroso estudio, coordinando además una amplia antología del González-Ruano periodista que editó en tres volúmenes la misma Fundación Mapfre que ahora reniega de su nombre, en el año 2003. Una obra que es urgente y de justicia reivindicar.

Gracias a la labor de muchos camaradas con sus escritos y publicaciones podemos acceder a una rica información y formación, válida y fiable, sobre José Antonio. Así ocurre y/o ha ocurrido, entre otros, con la Fundación José Antonio o con la Plataforma 2003, respectivamente.

Son un intento real y encomiable de investigación sobre la figura y el pensamiento de José Antonio. Investigación exenta de cualquier prejuicio, en el sentido etimológico del sustantivo (pre-juicio) ideológico. Y, sinceramente, se agradece. ¿Por qué se agradece?



Porque en su ánimo investigador no se vislumbra una labor precientífica de alabanza sentimental y estéril de José Antonio, sino que lo que se lee, literalmente o entre líneas, es una actitud académica honesta que pretende acercarse a la realidad en tanto que verdad, sin pretender abarcarla toda porque, en este caso, no tendría sentido continuar con la investigación.

Por otro lado, estas investigaciones no se darían, o no se darían igual, si no se hubiera ejecutado a José Antonio y si durante cuarenta años se hubiera respetado su derecho a la intimidad, es decir, le hubieran dejado en paz (a él y a su pensamiento). José Antonio murió muy joven, a los 33 años. Fue ejecutado el 20 de noviembre de 1936. Después, como hemos dicho, su pensamiento fue utilizado y manipulado torticeramente. Su pensamiento, por tanto y lamentablemente, quebró luctuosamente en plena evolución.

Y esa evolución, si se quiere conocer, lejos de pretender resultados y conclusiones fáciles y con falta de seria y científica argumentación, exige, en su contra, un mayor rigor metodológico en la investigación con el ánimo de acercarse a la realidad. Es que en eso consiste la investigación científica: en la búsqueda de la verdad. Esa es su finalidad.

Y está bien. Porque la amplitud y profundidad del pensamiento de José Antonio excede de cualquier reduccionismo.

Pensar que el pensamiento de José Antonio se reduce a lo que el poder de aquella época quiso imponer y/o a lo que dentro de determinados círculos, en su consecuencia, pueda esgrimirse, no es una actitud científica. La ciencia tiene que ver con la realidad. Y la realidad, como decía Zubiri, está puesta, se nos impone. Es imponente. Y, desde luego, es más compleja y rica que un simple punto de vista, sea cual sea. Todo lo cual hace más motivante y más ilusionante su estudio, en consonancia con Weber.

Hacemos bien, pues, en investigar sobre José Antonio, porque queda mucho por decir. Y ese horizonte ilusiona.

6

Tres libros

Rafael Sánchez Saus para Diario de Sevilla

Tres libros sobre la crisis de la democracia debiera llamarse en realidad esta nota, pero la caja no lo permite y tampoco importa. Sí importa la afortunada casualidad de que en pocos meses hayan aparecido en España tres libros que desde perspectivas diferentes pero muy complementarias -el mundo hispano, el anglosajón y el centroeuropeo- abordan, sin temor a lo políticamente correcto y con mucha hondura de análisis, una gran cuestión de nuestro tiempo: la degradación y agotamiento de las vetas ideológicas que han sustentado las democracias occidentales en las últimas décadas, y la incertidumbre sobre cuáles podrían ser las alternativas.



Pensar lo que más les duele es el incisivo título del libro de Adriano Erriguel, seudónimo que encubre a un enigmático jurista mexicano, buen conocedor de la realidad española. Erriguel desvela y critica lo que significó el triunfo de la versión libertaria de mayo del 68 como precursora y aliada indispensable del neoliberalismo, al que allanó el camino al facilitar el aniquilamiento de las viejas solidaridades que daban consistencia a las sociedades occidentales.

R. Reno, editor de la influyente revista *First Things*, se enfrenta en *El regreso de los dioses fuertes* a la necesidad de rescate de los viejos fundamentos (familia, patria, moral y religión), los dioses fuertes de su título, para compensar el

enloquecimiento de los dioses débiles promovidos, en Estados Unidos y luego en Europa, tras la II Guerra Mundial, para hacer posible sociedades abiertas sin otro fundamento que el individuo. Aquel viejo consenso, justificado por el enorme desastre producido por los sistemas autoritarios, se ha vuelto contra nosotros. Según Reno, el enemigo interno de Occidente no es ahora el nazismo o el fascismo inexistentes, sino las nuevas ortodoxias surgidas del individualismo, el victimismo y el relativismo.

Ryszard Legutko es un filósofo católico de larga biografía que lidera hoy el principal grupo polaco en el Parlamento Europeo, el del partido Ley y Justicia, gobernante en su país. En *Los demonios de la democracia* narra el asombro que le produjo a alguien como él, activo luchador contra el comunismo, conocer la realidad de las idealizadas sociedades europeas de Occidente. Ese estupor, transformado en un ensayo de rara lucidez y muy bien escrito, le lleva a la conclusión de que la democracia liberal es incapaz de frenar la deriva hacia su propia destrucción. El rebajamiento continuo y la inclinación a la connivencia con los enemigos de la libertad, opina, la han minado por completo.

7

El abrazo

Enrique de Aguinaga

**Publicado en “La Razón” el 7 de octubre de 2003.*

A las diez y media de la mañana del 16 de noviembre de 1936, en la sala de audiencia de la Prisión Provincial de Alicante, comienza la vista de la causa contra José Antonio Primo de Rivera, su hermano Miguel y la esposa de este, Margarita Larios, así como contra Teodorico Serna, ex director de la Prisión (asesinado en Madrid) y otros cinco funcionarios de Prisiones.

Preside el magistrado Eduardo Iglesias del Portal con los vocales Enrique Griñán Guillén y Rafael Antón Carratalá. Actúa como fiscal Vidal Gil Tirado. Y es instructor del sumario Federico Enjuto Ferrán, designado por el Tribunal Supremo con fecha 3 de octubre. El Tribunal Popular (decreto de 23 de agosto) está compuesto por los tres magistrados citados y un jurado de catorce miembros designados por los partidos del Frente Popular y los sindicatos afectos.

José Antonio se constituye en defensor de sí mismo, de su hermano y de su cuñada. José Antonio, con Miguel, llega a las nueve y media, adelgazado “pelado al rape, sin afeitarse, calzando alpargatas, con un gabán gris, largo y viejo, sobre el mono azul con cremallera”. La sala y los pasillos están abarrotados de “milicianos, abogados

y soldados”, que se impacientan por el retraso del comienzo de la sesión, por la demora de uno de los magistrados.

Antes de la vista, el día 10, José Antonio había sido interrogado por el fiscal Gil Tirado, en presencia del juez Enjuto. Como consecuencia del interrogatorio, el 14 por la noche, juez instructor y fiscal leen a los acusados el auto de procesamiento. A esta lectura se refiere José Antonio, en su informe de la defensa, cuando irónicamente agradece al Tribunal haber dispuesto de dos horas y media para “instruirme en ese montón de papeles, preparar mi defensa y someterla a vuestra conciencia”



La vista se desarrolla en dos jornadas, con cuatro sesiones. En la primera sesión (mañana del día 16) se procede a la lectura de las conclusiones del Ministerio Fiscal, fechadas a día 14; a la admisión de pruebas y al interrogatorio de los procesados (José Antonio, Miguel y Margarita) por parte del fiscal y de los jurados. El interrogatorio de José Antonio dura dos horas y media.

La segunda sesión se inicia a las cuatro de la tarde para seguir con el interrogatorio de los procesados (Abundio Gil, Samuel Andani, Joaquín Samper, Manuel Molins, Francisco Perea, funcionarios de Prisiones) y la prueba testifical (José Goicoechea y Adolfo Crespo)

La tercera sesión se inicia a las nueve y media del día 17 con el interrogatorio de los restantes testigos (Antonio Vázquez, Enrique Alijo, Eduardo Busquier, José Pujalte, Manuel Palla y José González Prieto) y concluye con la renuncia a la prueba documental.

En la cuarta y última sesión, iniciada a las cuatro de la tarde, con la lectura de las conclusiones definitivas del Ministerio Fiscal (en las que retira la acusación contra los procesados Gil, Andani, Samper, Molins y Perea) y con las conclusiones definitivas de la defensa, se dicta el auto de libertad de los funcionarios. Se llega así a la fase culminante de la vista: los informes del Fiscal y la Defensa. El informe de José Antonio (hora y media) termina a las ocho menos cuarto de la noche y los magistrados se retiran a redactar las preguntas que se someterán al jurado. Casi tres horas dura la deliberación, sin que nadie abandone la sala.

A las diez y media de la noche, el Presidente del Tribunal da lectura a las veintiséis preguntas redactadas e, inmediatamente, el Jurado se retira en una deliberación que dura cuatro horas, tras las cuales entrega a los magistrados su veredicto condenatorio. Tras su lectura, los magistrados se retiran para redactar la

sentencia, operación en la que consumen media hora (en principio, con la oposición de Rafael Antón). La sentencia, fechada el 18 de noviembre, concluye con la condena de José Antonio a la pena de muerte, como autor de un delito de rebelión militar. Miguel es condenado a reclusión perpetua y Margarita, a seis años y un día de prisión mayor.

Como último recurso para salvar su vida, invocando el Código de Justicia Militar, José Antonio solicita la revisión de la causa; pero el Jurado, por mayoría de bolas negras, rechaza la petición. Todo es inútil como inútil fue la posterior apelación telegráfica al presidente del Gobierno, Largo Caballero. Son las tres de la madrugada, tras cuarenta y ocho horas de angustia.

Todo concuerda con la idea de que “José Antonio ignora que la orden de la condena a muerte ha sido enviada directamente de Moscú, por medio del embajador soviético Rosenberg, al socialista Largo Caballero”. Ya, en octubre, el periodista Jay Allen terminaba así su entrevista con José Antonio: “Me es absolutamente imposible imaginar cualquier circunstancia que pueda salvar a ese joven”.

A este escueto apunte cronológico de las dos agotadoras jornadas hay que añadir la terrible tensión que en todo momento gravita sobre José Antonio, interrogado como acusado, y que, como defensor, no solo debe mantener el debate jurídico y el acoso político, sino, también, participar en los interrogatorios.

En tal prueba, no eran ociosas las advertencias del Fiscal cuando para contrarrestar su efecto, en su informe, previo al de José Antonio, alerta al jurado sobre “las dotes de oratoria, arte e ingenio del acusado”, sobre “su extensísimo conocimiento del Derecho” y sobre “sus dotes parlamentarias, a la altura de los mejores parlamentarios españoles”.

La crónica de “El Día”, que todavía hoy se lee con tanta sorpresa como emoción, es un documento insólito, atribuible al poder de convicción de José Antonio, de quien dice literalmente: “Su informe es rectilíneo y claro. Gesto, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria forense que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestreas de interés”. La crónica, que no aparece firmada, es del director de “El Día”, Emilio Costa, tan adicto al Frente Popular como el propio periódico (no cabía otra posibilidad). Costa, retirado del periodismo, se desterró a Oran, en 1939, donde falleció a poco de llegar.

En el breve dialogo con los periodistas y en las observaciones que hace a sus guardianes (sería muy aleccionadora la recomposición completa de los pormenores dispersos de aquellas cuarenta y ocho horas históricas), luce la profunda compostura espiritual de José Antonio, irremediabilmente condenado, en medio de un principio de

comprensión, tan perpleja como absorta. En este punto, surge la pregunta: ¿cómo los catorce hombres del jurado, abiertamente adversos, necesitan cuatro horas para acordar la condena?

Todos los indicios apuntan que el Jurado no había sido insensible a la persuasión de José Antonio, avisada por el fiscal. Ximenez de Sandoval, que escribe a los tres años del suceso, recoge la información de que las tensas deliberaciones del Jurado condujeron a un empate en la votación, que imposibilitaba la condena a muerte. Escribe Ximenez de Sandoval: “Las largas vacilaciones fueron cortadas por un socialista apellidado Domench –dependiente de la ferretería Panades y Chorro, de la capital levantina- que impuso pistola en mano la condena, en medio de un escándalo inenarrable”.

Años más tarde, para su proyecto de película sobre José Antonio, José Luis Sáenz de Heredia investiga en Alicante, mantiene muchas entrevistas y, respecto al jurado, escribe:



“El jurado, a las diez y media de la noche, ha recibido un cuestionario de veintiséis preguntas a las que solo tiene que contestar con un sí o con un no. El jurado está compuesto por miembros de los partidos y sindicatos más calificados del Frente Popular, lógicamente predispuestos. Parece también lógico, contando con la predisposición hostil, que la contestación a

las veintiséis preguntas sea un puro trámite. Sin embargo, no es así. Los predispuestos acaban de oír a un hombre que no es el que odian. Ellos (algunos de ellos) creían que el juicio iba a ser contra otro hombre, al que estaban seguros de conocer bien. No hay fundamento real para odiar al hombre que acaba de hablar. No es un señorito ocioso y vago ni un chulo ni un pistolero ni un fascista. Y, para todos, aunque no llegue, claro está, a enunciarse, hay en él un algo indefinible de grandeza humana que rebasa las fronteras de la lógica, trasciende la pureza y llega, no se sabe por dónde, al corazón. Así, lo que iba ser mero trámite, se trasforma, a puerta cerrada, en discusión que llega a ser violenta. Tan violenta que hacen aparición las pistolas. Al fin, los objetantes ceden y las veintiséis preguntas quedan contestadas en la forma prevista. La deliberación, que todos suponían formularia, ha durado desde las diez y media de la noche hasta las dos y media de la madrugada. Cuatro horas. Cuatro agotadoras horas que el Tribunal, el acusado y el público han soportado, cada cual con su tensión, sin ausentarse de la sala”.

Un comunista, Marcelino Garrofé, miembro del jurado, confirma la presunción::

“Entre los del jurado circuló en seguida esta frase: “¡No podemos seguir así. Estamos haciendo el ridículo! La sala, el jurado, el fiscal, todos actuamos apabullados”. Antón y Millá, después de escucharme, se limitó a decir: “Es una orden del partido y, sea como sea, hay que cumplirla y cuanto antes” Los miembros del Comité Provincial de Alicante me enseñaron la comunicación del buró comunista, en la cual se trasladaba la orden del Presídium de “eliminar la cabeza visible del Alzamiento”.

Tras la tremenda conmoción de sentirse condenado a muerte, al principio de la vida, José Antonio se rehace y, sonriente, anima sus hermanos: “Estáis salvados”. Es entonces cuando José Antonio tiene un gesto tan sublime que, a falta de una explicación inmediata, queda inadvertido. Comunicada la sentencia, José Antonio sube al estrado y abraza al Presidente, el magistrado Iglesias del Portal.

Este abrazo no consta en la crónica de Costa ni en las biografías de Ximenez de Sandoval, Payne, Gibello, Gibson, Gómez Molina o Gil Pecharroman ni en los libros dedicados al proceso por Bravo, Mancisidor, del Rio y Pavón. El primer indicio es el testimonio directo de Margarita Larios que, a los seis años, recuerda como recibió José Antonio la sentencia: “Se dirigió al presidente del Tribunal y estuvo hablando unos minutos, aparte, con él”.

El abrazo habría quedado oculto para siempre en la intimidad del sumario, si no hubiera sobrevenido el testimonio irrecusable de las hijas de Iglesias Portal que, con fecha 30 de enero de 1955, desde México, escriben a Miguel Primo de Rivera, entonces Embajador de España en Londres. La carta, al pie de la letra, empieza así:

Muy distinguido señor:

Aunque personalmente no tenemos el gusto de conocerle, nos atrevemos a dirigir esta para que atienda a nuestra suplica. Nosotras somos hijas del magistrado del Supremo que, como Vuestra Excelencia bien sabe, por desgraciadas circunstancias, estuvo presente y formo parte del tribunal en el que fue juzgado vuestro hermano José Antonio, q.e.p.d. Si su excelencia estuvo presente en el juicio, recordará que al terminarse y comunicarle la sentencia, su hermano subió al estrado y abrazó a nuestro padre y le dijo que sentía el mal rato que por su causa estaba pasando, pues no sé si sabrá que mi padre y él eran buenos amigos.

La carta continúa con la petición de las hijas para que Miguel interceda a favor de la repatriación de su padre. En su contestación, Miguel da fe del abrazo y noblemente, haciendo honor al gesto de José Antonio, asume las gestiones que consiguieron el regreso del magistrado. Así, Iglesias del Portal acabó su vida en paz, en 1969, en Aguilar de la Frontera (Córdoba).

Tras una leve noticia de 1968, por primera vez, aquel histórico abrazo se hace público en Televisión Española, en 1981, en el programa “La Clave”, en el que José Luis Sáenz de Heredia leyó la carta de las hijas de Iglesias. Pero actúa la censura invisible y la noticia no obtiene el menor eco.

“Se comprende –escribe Sáenz de Heredia - que quien es capaz de pensar, en ese trance, en el mal rato que está pasando uno de los que le condenaban; que le comprende, le perdona y le abraza, tiene que estar nimbado por un halo sobrenatural y trascendente, visible y penetrante hasta para aquellos que entraron predispuestos y salieron confusos”.

El abrazo de José Antonio, como consuelo de la amargura de quien le acaba de condenar a muerte, cuando no caben fingimientos, excede cualquier ponderación vulgar y demuestra la grandeza de alma, presente en su testamento:

“Ayer por última vez explique al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé, aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más, observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leerse esta frase: “Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí”. Y, ciertamente, no hubiéramos estado allí ni yo ante un Tribunal popular ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos”.



Frente a la falacia de quienes, a diario, flamean la reconciliación nacional y se obsesionan sañudamente en la condena de lo reconciliable, el abrazo de José Antonio es el primer monumento de la reconciliación de España. Antes, en el mes de agosto, se había ofrecido como mediador para terminar con la guerra. En su informe, en el juicio de Alicante, explicó como de lo nacional y de lo sindicalista “hacemos una síntesis capaz de superar las ideologías en conflicto”. E, inmediatamente después, cierra su testamento con la admirable invocación: “¡Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles!”.

El Gobierno republicano –escribe Bartolomé Mostaza- al montar el proceso ilegal contra la nobilísima persona de José Antonio Primo de Rivera, se sentenció y

condenó a sí mismo, degradándose a verdugo de la “tercera España”, la de la síntesis y la conciliación.

El deslumbrante, escalofriante, abrazo de José Antonio en aquel trance supremo, no es solo un relámpago. Es la iluminación de la trayectoria de su pensamiento en la búsqueda permanente e infatigable de la síntesis.

En esa búsqueda, que subyace, como el mismo José Antonio, sean todas las condenas y resistencias el estímulo de nuestra propia reconciliación. Las prohibiciones, proscripciones, marginaciones, tergiversaciones, silencios, censuras y desdenes que han sofocado o han intentado sofocar el centenario de José Antonio (“¡Qué alma más limpia!”, según Gustave Thibon) son el miedo al deslumbramiento (“¡Deslumbrante! ¡Deslumbrante!” repetía Rosa Chacel).

8

Mujer y División Azul

Jesús Guzmán Mora

**Extracto del trabajo “La División Azul en Y. Revista para la mujer (1941-1943)” de Jesús Guzmán Mora (Investigador independiente) alojado en la web www.creneida.com. issn 2340-8960 (2018)*

MUJER Y DIVISIÓN AZUL

Carla Montero ha recuperado en la última de sus novelas la figura de la enfermera sublevada, tópico tratado en alguna de las narraciones escritas en los años posteriores a la Guerra Civil. Lena, la protagonista, después de prestar sus servicios durante la contienda, se une a la División Azul (DA) en noviembre de 1942, motivada no tanto por la ideología, cuanto para huir de la desalentadora realidad tras la muerte de su padre. Las sanitarias que acompañaron a los divisionarios les brindaron “cuidados casi maternos” y desempeñaron una labor “que resultó trascendental para atender en tierra extraña a los heridos y enfermos en combate”. Así fue para la literatura que surgió tras el regreso de los soldados y que se desarrolló, principalmente, en las décadas de 1940 y 1950. Uno de los voluntarios, Juan Eugenio Blanco, destacó que “casi todas ellas, veteranas en la Cruzada, revalidaron en la campaña de la División Azul sus dotes de abnegación, simpatía y competencia”. Pero no siempre fue una tarea fácil, sino que vivieron momentos de verdadero riesgo para sus vidas:



A pesar de que nunca estuvieron destinadas en primera línea de combate, estas humanitarias acciones hubieron de desarrollarse a veces bajo la acción de los aviones bombarderos rusos. En esos casos cabían dos opciones: superando el temor propio en los sótanos y refugios aéreos, las enfermeras protegían a los asustados enfermos y heridos. Por otra parte, los heridos graves, los recién operados y aquellos enfermos que no se podían mover si quiera un milímetro por el elevado riesgo que ello suponía, no eran abandonados ni un instante por unas enfermeras que no se separaban de su lado ni aun en los peores momentos.

Las que no fueron hasta la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) ejercieron en España como madrinan de guerra y/o colaboraron con la Sección Femenina de Falange (SF). Las primeras respondían a las cartas que los varones escribían “cuando el espanto duerme, por un rato, y aflora la necesidad de compartir el desasosiego”. Los soldados, en los textos literarios, las idealizaban o, por el contrario, las trataban como a futuras novias o amantes. Esta última desconsideración, que —proyectada hacia las prisioneras polacas del campamento de Grafenwöhr, las mujeres alemanas y soviéticas— constituye una especie de *donjuanismo* dentro de los testimonios divisionarios, no existió hacia las enfermeras, cuya belleza, si se observaba, era con respeto. Las segundas participaron en la elaboración del aguinaldo enviado con motivo de la navidad y la confección de prendas de abrigo. En todo caso, la colaboración de las falangistas, mediante cualquier tarea, fue notable:

Las mujeres falangistas de la Sección Femenina (SF) se sumaron desde un principio a la iniciativa de sus correligionarios varones y tuvieron una destacada participación en diversos ámbitos como el de enfermeras en el frente, lavaderos, donación de sangre o con diferentes colaboraciones en la retaguardia desde madrinan de guerra o labores de intendencia como la organización de donativos para los soldados y sus familias o recogida de ropa y alimentos.

La DA fue una iniciativa pensada por y para los hombres. Son ellos, a través de la ya citada literatura divisionaria, quienes han escrito la historia del grupo con sus memorias y novelas en carne propia. Cuando se refirieron a las mujeres lo hicieron, en gran parte de las ocasiones, para destacar las mencionadas desventuras amorosas con las indígenas, magnificadas en su imaginación, a pesar de que sí se diera algún caso de

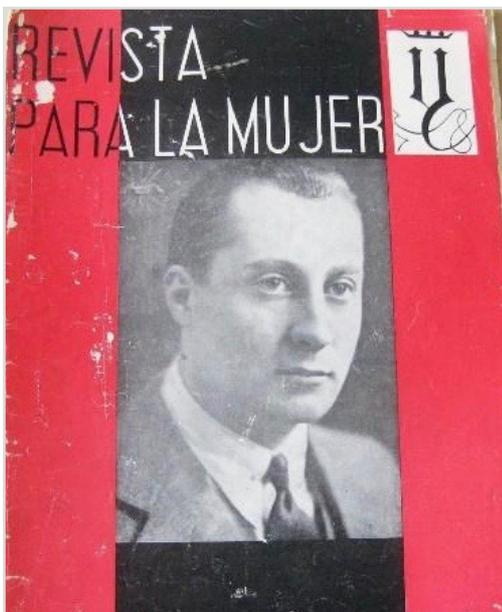
relación que terminó en el altar. El mismo Dionisio Ridruejo protestaba por el comportamiento de sus camaradas hacia las féminas desde la hipocresía más elemental, ya que parecía olvidar su relación con una alemana a la que sus amistades apodaron Hexe (“Bruja”). En este orden, la invisibilización de las mujeres de la DA ha quedado patente incluso cuando se ha hablado de lo que ocurría en España mientras los soldados de la División 250 participaban en el frente del Este.

Los diferentes proyectos de la derecha española tuvieron desde la primera mitad de la década de 1910 como punto en común el rol que asumiría la mujer en sus ideales de vida, sintetizado en la necesidad de la desigualdad entre ellos y ellas. La mujer ocuparía un lugar secundario en los ámbitos privado y público, sin dejar de colaborar en la construcción de la nación a través de misiones específicas como la maternidad o la servidumbre al varón. En España, a partir de 1939, el Estado relegó a las féminas al espacio del hogar para que desde allí transmitieran los valores tradicionales y pusieran en práctica su tarea como educadoras de las nuevas generaciones. Al mismo tiempo se abría la posibilidad de ejercer ciertas profesiones consideradas como aptas para ellas. La SF, a la cabeza, fue capaz de combinar la feminidad tradicional con la participación activa en el proyecto político de la dictadura. La mujer en la posguerra encontró como opciones respetables encontrar un marido, ingresar en un convento o, si su novio había caído en combate, permanecer fiel a su recuerdo, lo que “la ascendía al rango de heroína”. La excepción a esta norma se cifraba, entre las solteras, en la afiliación a la SF, que “se trataba de un modo de vida alternativo al matrimonio y mucho más atrayente que la vida religiosa”; una independencia que no debe confundirse, en ningún caso, con posiciones feministas. Por tanto, el primer punto de encuentro entre las mujeres y la DA es obviamente la SF. La organización distribuyó los esfuerzos de sus afiliadas, en relación con la misión antisoviética, entre enfermeras, madrinas de guerra y la preparación de ropas y regalos para épocas especiales, como la Navidad. Pero esta visión se antoja incompleta, ya que sobre todo en el caso de las enfermeras “el encono Falange-Ejército [halló] su máxima expresión”. Este enfrentamiento, heredero de las tensiones del conflicto cainita entre los golpistas, era la representación a pequeña escala de las disputas que separaban a militares y falangistas desde la formación de la DA.

Por ello, pensar que todas las enfermeras procedían de la SF dejaría de lado a las que integraban el Cuerpo de Damas de Sanidad Militar del Ejército, creado en julio de 1941, casi a la par que se abrieron los banderines de enganche para alistarse en la campaña anticomunista. A la cabeza del mismo estaba Mercedes Milá Nolla, quien tuvo que lidiar con la normativa que, desde enero de 1942, daba a la SF en exclusiva la organización y el envío de enfermeras, en caso de conflicto, a través del Cuerpo de las de la FET y de las JONS. A pesar de ello, se hizo caso omiso al imperativo y acudieron a la URSS mujeres de ambos sectores, acompañadas de las que pertenecían

a la Cruz Roja. Ejemplo de dicha convivencia es lo ocurrido con las enfermeras adscritas a Cantabria: de las cuatro, dos pertenecían a la SF y dos al Cuerpo de Damas. Tras exponer estos problemas, y por las características de las fuentes primarias de nuestro trabajo, el papel de las enfermeras que actuaron bajo la responsabilidad del Ejército no sobrepasa esta referencia.

Lo dicho hasta aquí sirve para presentar el motivo de nuestra investigación: analizar la imagen de la DA en Y. Revista para la mujer entre 1941 y 1943, es decir, los años de la existencia de la unidad militar. Descartamos incluir la Legión Azul por su menor importancia dentro de la colaboración patria con el Tercer Reich y, por tratarse de un apoyo a título individual, a los pocos que defendieron las calles de Berlín hasta su caída. Además, como se ha señalado, la DA “se convirtió en el tema más frecuente” de la revista entre 1941 y 1942, cuestión obvia a la luz del carácter antimarxista de la organización.



Sin profundizar, del análisis cuantitativo de las diferentes apariciones de la DA en Y, se desprende que para el periodo estudiado se registran cerca de 60 referencias sobre el tema. Los dos primeros años son de mayor intensidad, con un total de hasta 44 cuatro ocasiones diferentes en las que se nombra a la DA, ya sea a través de artículos, entrevistas, reportajes o solicitudes de correspondencia. Especial es su presencia en los números 44 (septiembre de 1941), 49 y 57 (febrero y octubre de 1942). La deriva desfavorable de la guerra para el Eje y la cercana repatriación, a pesar de que la instrucción para evitar cualquier identificación con los aliados nazi-fascistas data de finales de 1943, explica que en este año escaseen

los reportajes y las entrevistas. Concretamente, entre marzo y octubre las referencias disminuyen hasta encontrar en estos números una, dos o incluso ninguna. En el aspecto cualitativo sobresalen como ejemplos de propaganda los artículos dedicados a los temas que se verán más abajo. En ellos se ahonda en los diferentes roles asignados a los dos géneros: de ellas, se destaca su papel como enfermeras en el frente del Este y las labores asistenciales de la SF en beneficio de la DA. De ellos, su sacrificio en beneficio de los ideales del nuevo Estado.

La fuente primaria de nuestro artículo es, como ya se ha anunciado, Y. Revista para la mujer, que formó parte del que “se iba a convertir posiblemente en el mayor grupo periodístico (en número de cabeceras, si no en importancia real) de la historia

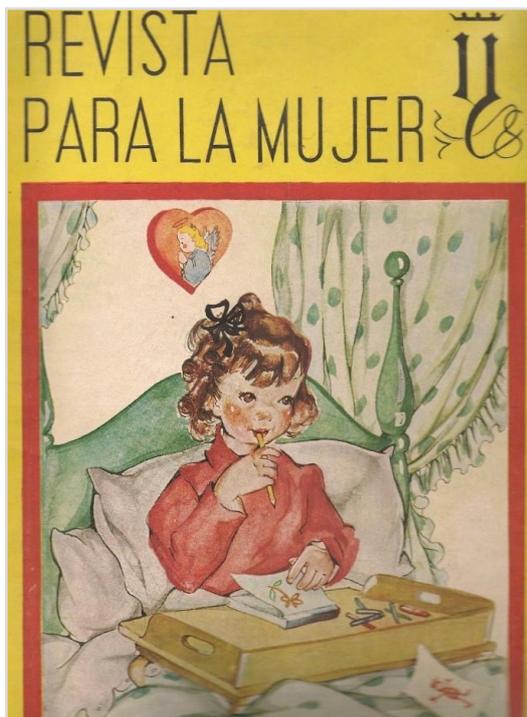
de España”: el aparato propagandístico. El potencial publicista del ideario del partido único se concentró, dentro del ámbito femenino, en la Regiduría de Prensa y Propaganda. Y representa un ejemplo temprano acerca de la intención propagandística que caracterizó a los medios de comunicación del Régimen al verse influenciado por sus homólogos masculinos —Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Agustín de Foxá o Edgar Neville entre ellos—, quienes habían puesto en práctica estos métodos en Destino, Jerarquía y Vértice.

La prensa, al igual que la literatura del mismo corte ideológico, se caracterizó por “una mística y un lenguaje” aportados por la Falange, “ambos de inapreciable valor en cuanto que contribuyeron a dotar de una mínima cohesión al informe conglomerado ideológico que era el bando de los sublevados”. El caso de la revista Y, como sucede con la más tardía Medina, “cumple a la perfección las funciones de adoctrinamiento y socialización que el Régimen concede a la Sección Femenina”, cuyo proyecto de propaganda se puso en marcha desde la celebración en 1937 de su I Consejo Nacional. Vistas en perspectivas, ambas estaban controladas por la Regiduría y sus diferencias son meramente formales: Y nació en plena Guerra Civil —febrero de 1938— y desapareció en marzo de 1946, y el primer número de Medina vio la luz en marzo de 1941 y se publicó hasta diciembre de 1945. Mientras que esta fue semanal, la que nos ocupa apareció con una periodicidad mensual. Y, que en los dos primeros números llevaba un subtítulo algo diferente, pero mucho más concreto —Revista de la mujer nacionalsindicalista—, “nació con una finalidad cultural y de entretenimiento a pesar de publicarse en tiempos de guerra”. En los primeros momentos, fue editada “lujosamente [...] [si bien en] poco tiempo su calidad disminuyó notablemente en todos los sentidos”, aunque esto no fue un obstáculo para que, a través de sus imágenes, representara “los valores de firmeza, abnegación, disciplina y entrega que formaban el ideario de los mandos de la Sección Femenina”. En definitiva, tal y como ha señalado Mónica Carabias Álvaro,

Y. Revista para la mujer estuvo destinada fundamentalmente a un público femenino elitista y con fuerte acento falangista. Pocas familias durante y después de la guerra pudieron costearse las dos pesetas mensuales de tan caro entretenimiento cultural. Así pues, el público de Y estuvo integrado por un universo femenino de lectoras de clase media-alta, conservadora y católica con inquietudes culturales y políticas de muy distinto grado. Asimismo, supo conservar como uno de sus lemas prioritarios un marcado sentido familiar y femenino. Se trataba de una revista para las madres y sus hijas menores y adolescentes, todas ellas aglutinadas en una lectura “amable” de carácter formativo y adoctrinador destinada a todos los miembros de la familia [...]. Y. Revista para la mujer fue consciente desde el principio de su papel como educador y transmisor de modelos que supo inculcar entre sus propagadoras-vendedoras que de ciudad en ciudad divulgaban “a gritos” la obra de la revista, así

como el trabajo de la mujer moderna de Falange como representante de la nueva mujer española.

Según nuestra hipótesis, la División Azul que les fue contada a las mujeres parte de una visión edulcorada de la misma, no muy alejada de la difundida por el resto de medios del Régimen, para mantener el optimismo y justificar la presencia de España en la lucha contra el comunismo. Pero, al mismo tiempo, consideramos que los artículos, dentro de esta versión, contienen dosis de carácter combativo para provocar



la implicación, a cualquier nivel, de las mujeres en la lucha contra la URSS. Con nuestro trabajo, estructurado en tres secciones —la imagen de las enfermeras, la tarea de las mujeres en la retaguardia y la idealización de la figura masculina—, pretendemos descifrar qué DA leyeron y sacar a la luz los momentos en los que adquirieron cotas de protagonismo. La importancia de la unidad de voluntarios para la SF durante el periodo indicado, equivalente al que tuvo para Y, fue expresado por la propia Pilar Primo de Rivera en el consejo de la organización celebrado en Granada en enero de 1942:

Sea la primera voz que se levante en este Consejo, para honra de la División Azul, gloria de nuestra Falange, que en la batalla del mundo ha puesto su nota española, heroica y acorde con la gloria del Ejército alemán y de los más importantes Ejércitos del Mundo. Y es porque en esta hora en que apunta una nueva civilización no podía faltar la presencia católica y universal de España.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La mujer participó, de diferentes maneras, en la empresa divisionaria. Es cierto que corrieron menos riesgos que los hombres y que no fueron autoras de ningún relato que atestiguara, durante la postguerra mundial, su presencia en el frente del Este o su labor como madrinan o coordinadoras de acciones en la SF. Los servicios que dispensaron a los soldados azules no fueron protagonistas de grandes titulares, más allá de la prensa femenina, lo que resulta en sintonía con la ausencia de protagonismo a la que fueron condenadas desde 1939 en el ámbito público español.

Y. Revista para la mujer se encargó, sobre todo en 1941-1942, de promocionar el papel de las falangistas en relación a la DA. Las enfermeras son presentadas como las más valientes de todas ellas, ya que, como los hombres, se han subido a un tren que les ha dirigido hasta las puertas del enemigo anticomunista. Allí, como muchos de los que formaron parte de la División 250 de la Wehrmacht, renovaron su papel como sanadoras y cuidadoras de los camaradas que caían en combate, al igual que habían hecho en la Guerra Civil. A pesar de ser una acción sin riesgo, se promocionó con el mismo ímpetu a las madrinan de guerra y las participantes en la elaboración del aguinaldo navideño. Este era, para la organización, otro método de combate tan legítimo como el primero, toda vez que compatibilizaba los planos ideológico y asistencial.

Incidimos en la importancia de los años en los que la DA estuvo presente en la revista porque son reflejo del devenir de la guerra. Los doce meses que comprendieron la segunda parte de 1941 y la primera de 1942 mostraron el entusiasmo que, desde el poder, generó la lucha en la URSS. Falange, que había contemplado la posibilidad de la victoria nazi como un preámbulo para recuperar la influencia perdida tras la contienda cainita, e incluso para asaltar el poder, promocionó constantemente la actividad de la DA gracias a sus medios de información. Y, como se ha dicho, es un notable ejemplo de ello; al igual que el progresivo fracaso vivido por las tropas españolas desde su cambio de posición —del Voljov a los arrabales de Leningrado—, que culminó con la batalla de Krasny Bor y las posteriores negociaciones para la definitiva repatriación en octubre de 1943. Si ya advertíamos de la presencia de la DA en la revista en 1941 y 1942, solo hay que dirigir la mirada a la bibliografía primaria para validar este dato: hemos utilizado, para los dos primeros años, un total de treinta y una referencias, mientras que para 1943 nos ceñimos a tres.

Como hemos visto, la imagen que del hombre se ofrecía a las mujeres se centró en la glorificación de los falangistas, situados por encima de cualquier individuo, en pro de la Patria, por la que debían llegar hasta las últimas consecuencias. Se incide en casos como los de Aznar o Ridruejo, que abandonan sus privilegiados puestos para morir si fuera necesario. En este sentido, no se excluye del relato a los que han caído en batalla. Sin que este sea un aspecto que se repita en demasía para no caer en el derrotismo, la revista no elude dechados como los de Javier García-Noblejas, ejemplo paradigmático de falangista dispuesto a inmolarsse por un ideal, o Luis Alcocer. Si el padre de este último, alcalde de Madrid, había ofrecido la vida de su hijo a la causa antisoviética desde su privilegiado puesto, la noticia se presentaba a las falangistas como magnífico ejemplo de lo que debían hacer ellas desde el anonimato.

En definitiva, Y ofreció una imagen de la DA altamente “falangistizada”. El discurso siguió las pautas marcadas por el Régimen y adoptadas por la SF. La lectora,

miembro o no de la organización, obtenía una lectura impregnada por la importancia de este proyecto para el partido único. Con nuestro trabajo hemos recuperado varias etapas de las españolas que participaron, de una manera u otra, en la II Guerra Mundial junto a las fuerzas del Eje. Advertíamos al principio de la masculinidad de la DA, presente en el relato legado por varios de los combatientes a su regreso. Esto se debe a la falta de libros memorísticos escritos por enfermeras, madrinas de guerra o simples falangistas. Excepción hecha de la novela *El desconocido* (1956), acerca de la espera y el posterior reencuentro de los matrimonios tras el paso de los prisioneros por el Gulag soviético, magistralmente escrita por Carmen Kurtz, narradora prácticamente olvidada a día de hoy y que no formó parte de la DA, la voz de las mujeres implicadas en la lucha fascista ha sido silenciada. Las mismas, no obstante, que han de considerarse —sabedores de la huella política e ideológica de su actividad— como parte de la unidad de voluntarios que combatió en el frente del Este.

9

Antonio Ponte Anido, otro héroe proscrito

Lorenzo Fernández Navarro de los Paños para *La Razón*

Antonio Ponte Anido es un héroe. Así lo acredita que se le concediera, a título póstumo, la Cruz Laureada de San Fernando, máxima condecoración militar española para premiar el valor heroico.

En cualquier nación su gesta sería reconocida y un motivo de orgullo nacional. Sin embargo en España se borra su memoria por el simple hecho de que su acción heroica tuvo lugar en la División Azul, mientras que en la Rusia ex soviética se respeta a los caídos de la División Azul, se reconoce el valor de aquellos soldados, bravos en el combate pero respetuosos con la población civil, mientras en España la memoria de los héroes se proscribía con leyes inicuas.

El 10 de febrero de 1943 el Ejército Soviético lanza la formidable ofensiva “Estrella Polar” para romper el cerco de Leningrado. El sector elegido es, precisamente, el guarnecido por la División Azul. Debido al desgaste del ejército alemán, los voluntarios españoles han tenido que extender su despliegue, lo que ha obligado a que la defensa carezca de la necesaria profundidad. El punto de ruptura ha sido muy bien elegido por el mando soviético, pues además de la insuficiente profundidad del despliegue español, la División Azul cierra dos vías de comunicación esenciales; la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú. Si el mando soviético logra abrir brecha, y luego consolidarla y ensancharla, profundizar en la penetración y

envuelve las alas del despliegue, puede repetirse el éxito ruso de Stalingrado... y el desastre para el ejército alemán. Así pues el mando soviético puso toda la carne en el asador



Eran las 06:40, todavía no había amanecido, y se desató el vendaval de fuego con la preparación artillera. El mando soviético empleó cerca de 800 piezas de artillería. Casi mil bocas de fuego si contamos cañones, obuses y morteros pesados. Además de los lanzacohetes Katiushas, los temidos “Organillos de Stalin”. Al cesar el fuego hizo su aparición la aviación soviética, empleando treinta bombarderos y veinte cazas. Cuando el mando ruso consideró que ya no habría resistencia posible, ordenó el avance de sus fuerzas. Cuatro divisiones de infantería (entre 38.000 y 44.000 efectivos) apoyados por unos 100 carros de combate T-34 y KV-1 cuyas corazas eran invulnerables para las armas contra carro de las que disponía la División Azul.

El tributo de sangre fue enorme, pues en unas horas la División Azul tuvo más de 2.500 bajas. 1.125 muertos, 1036 heridos, 91 desaparecidos y cerca de 300 prisioneros que habían agotado las municiones. Por su parte los soviéticos tuvieron entre 11.000 y 15.000 [bajas](#). Los españoles resistieron y los rusos ni pudieron romper el frente, ni penetrar en profundidad, ni envolver, ni alcanzar su objetivo. Fue pues una gran victoria defensiva de la División Azul que combatió a 25 grados bajo cero. Contra todo pronostico los soldados españoles frenan el ataque ruso. Pero dejemos que cuente sus vivencias alguien que lo vivió.

Aún no había amanecido y repentinamente se desencadenó una tempestad de fuego. Un soldado veterano distingue perfectamente el tronar de la pieza al efectuar el disparo y el reventar de la granada cuando se produce el impacto. Tiene incluso, en un frente estabilizado como era aquel, incrustado en su reloj biológico el tiempo que transcurre entre el sonido lejano que retumba y la explosión próxima mucho más atronadora, seguida del escalofriante sonido de la metralla rasgando el aire.

Habían pasado tan sólo unos minutos y se había desencadenado tal infierno que ya era imposible discernir entre el sonido de los disparos y las explosiones de las granadas: Tampoco distinguir entre calibres, orígenes de fuego y zonas de caída. Pronto desapareció toda visión. La nieve pulverizada, como densa niebla, constituía una cortina infranqueable para los ojos, tras de la cual se apreciaba el relampaguear de las explosiones, siendo la intensidad del fognazo, más que el propio sonido, lo que ponía en evidencia la proximidad del impacto.

Llevábamos ya casi una hora azotados por aquel vendaval de fuego y metralla. Ya no era posible ni hablar, ni ver, ni oír. Tampoco dar órdenes ni recibirlas. Las líneas telefónicas estaban troceadas o desaparecidas, al igual que las alambradas. La nube de nieve pulverizada que todo lo cubría, había dejado paso a una ciénaga de barro negro en suspensión que oscurecía aún más el cielo a pesar de que se iniciaba la alborada. Estábamos cuerpo a tierra, el suelo retumbaba y se estremecía. Ya no escuchábamos las explosiones, estábamos sordos pero seguíamos percibiendo el bombardeo porque la tierra nos transmitía las vibraciones y veíamos los relámpagos mientras alguna explosión próxima nos cubría de barro.

Por mucha artillería que tuviera el Ejército Rojo y por mucha munición que hubieran acumulado, tal intensidad de fuego no podía ser eterna. Aquello no podía durar mucho más, y cuando se acabara, quienes vivieran para contarlo, tendrían que hacer frente a las inacabables oleadas de la infantería rusa acompañada por carros de combate con sus repetidos gritos de ¡Hurra! ¡Hurra! Y la consabida cantinela, cadenciosamente repetida al paso del avance, *¡Spanski kaput! ¡Spanski kaput!*.



Yo pedía a Dios que llegara pronto tal momento, pues prefería morir viéndonos las caras y tratando de pararlos, que ser volatilizado por una granada de artillería sin tan siquiera poder vender caro el pellejo. Todo esto eran pensamientos difusos, mientras completamente aturdido eructaba gases con sabor a cordita y a trilita.

Hacía tiempo que aquel infierno parecía haber alcanzado su máxima intensidad y sin embargo, repentinamente, se incrementó el vendaval de fuego, así en la cadencia como en la potencia de las explosiones y entonces supe que había llegado mi última hora. Comprendí que tenía que morir.

Algo similar a esto debió sentir y vivir Ponte Anido. El caso es que terminada la preparación artillera, uno de los carros de combate que se habían infiltrado en el despliegue por la brecha abierta, se dirigía haciendo fuego de cañón hacia el puesto de mando del batallón de zapadores, donde se acumulaban grandes cantidades de explosivos y estaba situado en las inmediaciones de una Isba transformada en puesto de socorro atestada de heridos. Un impacto del cañón en la Isba o en el polvorín del puesto de mando sería fatal. Y es entonces cuando Antonio Ponte Anido, en un rasgo

de valor y abnegación heroico, coge una mina contra carro y entre un diluvio de disparos cruzados de ambos contendientes, corre hacia el carro de combate enemigo, y aprovechando los ángulos muertos, llega hasta él logrando introducir la mina entre la cadena y el tren de rodamiento. Vuela el carro... y él asciende a la inmortalidad.

Sabemos por las cartas escritas a su madre en noviembre, que pensaba pasar esa Navidad en casa, pues incorporado a la División Azul con el primer contingente ya se había iniciado el relevo y las repatriaciones. Relevo y repatriación que el inminente ataque ruso había suspendido. Pero sin embargo, al llegar el momento crucial del combate, no pensó que él ya había cumplido y que debía estar hacía tiempo en casa. No fue presa del conocido temor que vuelve cautos a los soldados cuando saben que están a punto de terminar y que se conoce con el significativo dicho de que “nadie quiere ser el último muerto de la guerra”. Antonio Ponte Anido era un soldado valiente y abnegado, español y gallego, un zapador y un héroe.

El artículo 16 de las Reales Ordenanzas, dice textualmente: Los Ejércitos de España son herederos y depositarios de una gloriosa tradición militar. El homenaje a los héroes que la forjaron, es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra. Por imposición de la infame ley 52/2007 se ha proscrito la memoria de Ponte Anido. Al igual que la de otros héroes, por el simple hecho de que fueron combatientes contra el marxismo. La injerencia de los políticos en la historia, las tradiciones y la moral de los ejércitos, ha suprimido de las efemérides toda referencia a cualquier hecho de armas, por muy heroico que sea, si corresponde a la guerra 1936-1939. Y lo que es más inaudito, a la División Azul. En este empeño de ocultar y profanar la memoria de nuestros héroes, vemos que al cabo Antonio Ponte Anido se le ha suprimido toda referencia en el Ejército. En Coruña sigue la Rua Cabo Ponte Anido pero se ha quitado su nombre a la residencia de tropa que hay en el acuartelamiento Capitán Arenas de Melilla. Sin comentarios.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com